



### *JOAQUÍN DE FIORE Y EL MILENARISMO*

Por quialismo o milenarismo se denomina a toda creencia fundada en la esperanza del advenimiento de una renovación radical del género humano y en la instalación de un estado de definitiva perfección. Pero también por milenarismo se concibe la doctrina o creencia de los milenarios: los que creían que Jesucristo reinaría en la tierra mil años antes del Juicio final y los que pensaban que el fin del mundo acaecería en el año mil. Sin embargo, el significado original del concepto milenarismo era limitado y preciso. El milenarismo cristiano, nos dice Norman Cohn, no fue más que una modalidad de la escatología cristiana. Se refería a la creencia de algunos cristianos, basada en la autoridad del libro de la Revelación (20, 4-6), que afirma que Cristo, después de su segunda venida, establecería un reino mesiánico sobre la tierra y reinaría en ella durante mil años antes del Juicio final. En la actualidad, el término se ha convertido, de hecho, en una etiqueta convencional para un tipo particular de salvacionismo.

Es bastante conocido que las primeras generaciones de cristianos estaban saturadas de un espíritu apocalíptico, esto es, del anuncio del próximo fin del mundo aunado a la exterminación de los malvados y a la salvación de unos pocos escogidos bajo la égida del mesías. Los primeros milenaristas fueron Justineo, Ireneo, Papías de Hierápolis, Tertuliano e Hipólito Lactancio, entre otros. Desde entonces se proclamó la próxima venida de Cristo (Parusía) y su reinado que habría de prolongarse durante mil años. Esta primera fase del milenarismo fue declarada herética y desapareció hacia el s. V. Posteriormente imperó dentro del mundo cristiano el punto de vista ticonio-agustiniano, que aseguraba que el milenio había comenzado con la primera venida de Jesucristo y duraría hasta el fin del mundo, lo que hacía pensar en que cualquier “época nueva” estaba



más allá de la dimensión de la historia.

Sin embargo, a partir del s. XI la actividad de grupos y sectas milenaristas se incrementa en la forma de movimientos revolucionarios de los pobres, dirigidos por “mesías” o “santos vivientes”, inspirados en las profecías sibilinas o juaninas de los últimos días. En este panorama hace su aparición Joaquín de Fiore, religioso no conscientemente heterodoxo que viene a revolucionar la estructura teológica de la Iglesia y la función y concepción de la historia.

Joaquín de Fiore (1135-1202) fue el inventor de un nuevo sistema profético, el cual iba a ser el que mayor influencia ejerciera en Europa hasta la aparición del marxismo. En esencia hizo renacer para el espíritu apocalíptico, una nueva visión del milenarismo y una transformación del sentido de la historia.

Y este es precisamente el punto por el cual el abate Joaquín de Fiore es considerado como un pensador prototípico de influencia universal. Según los autores de *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la historia*, la contribución principal del religioso italiano fue el haber concebido una percepción espiritual de la historia. Para él, todo lo pasado y todo lo futuro servían al plan definitivo de Dios. “La historia, por tanto, tenía un significado y una dirección sólo observables si se interpretaba con exactitud las Sagradas Escrituras.”

En esta interpretación de las Escrituras Sagradas radica la importancia del pensamiento joaquinista. Hasta que Fiore entrevió en el Apocalipsis el destino de la humanidad “entramos en el doble aspecto del reino de la historia: el pasado recordado y el futuro esperado”. Sin embargo, la idea de que la Biblia poseía un significado oculto no era enteramente nueva, ya que siempre se le había dado un importante lugar a las interpretaciones alegóricas. Lo que sí era enteramente novedoso, escribe Norman Cohn en su libro *En pos del milenio*, era la convicción de “haber encontrado



una clave con la que, aplicada a los acontecimientos y personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, y especialmente al Libro del Apocalipsis, podría percibir en la historia ciertas pautas y significados que le permitirían predecir en detalle sus futuras etapas”.

Surge entonces una visión espiritual de la historia que permite un nuevo camino hacia el conocimiento de Dios y el desciframiento de las Escrituras en torno al futuro. Y es aquí donde Fiore establece una verdadera tipología de la historia. Llegó a la conclusión de que está dividido en tres épocas, lo mismo que San Agustín, pero en sentido ascendente de progreso y presidida cada una de ellas por una de las personas de la Santísima Trinidad: “el periodo a Cristo, el periodo posterior a Él, y un periodo aún en el futuro, de naturaleza escatológica. La primera época era fácil de limitar: iba de Adán a Cristo. Igual de fácil era señalar el inicio de la siguiente época: comenzaba con Cristo. Ahora bien, aún no podía determinarse el final de la segunda época y el comienzo de la tercera, aunque Joaquín encontró muchas indicaciones de que su inicio estaba próximo”.

La edad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo están entonces relacionadas con la divinidad y su obra en la historia. La trinidad se concebía como la suma de tres unidades y, por tanto, el número tres representaba la perfección, la esencia de todas las cosas. “En su sentido más profundo, el número tres es una unidad en sí mismo. Es fácil demostrar esto mediante la cabalidad de la entidad del triángulo, en donde se unen y armonizan pares opuestos en un tercer símbolo”.

La tercera edad sería el momento de la perfección en la que se restauraría la pureza del Cristianismo Primitivo, el *millenium* que consumaría los siglos y a cuyo término Jesucristo regresaría a la tierra a designar a los escogidos para la vida eterna. En un cálculo del propio abate esta etapa se esperaba entre los años de 1200 a 1260.



Con esta concepción de un orden mundial nuevo regido por las enseñanzas del Espíritu Santo, Joaquín plantea elementos realmente innovadores para la Iglesia. Ya no serían necesarios los sacramentos y por ende, los sacerdotes, con el descenso del Espíritu Santo a la tierra. Pone en jaque a la jerarquía eclesiástica y niega la concepción conservadora de la historia defendida por San Agustín.

Gracias a los señalamientos que se hicieron en torno a la inminente llegada de una edad dominada por hombres meditadores y presidida por el Espíritu Santo, ciertas órdenes religiosas y mendicantes se autonombraron abanderados de los nuevos tiempos. Vemos así a los franciscanos convertirse en una orden practicante de una estricta pobreza evangélica y repartiendo los dones de la Trinidad. La influencia llega hasta la colonización de la Nueva España, donde, según Bataillon “La perspectiva escatológica de cristianizar a los indios para acelerar el fin de los tiempos fue una experiencia casi alucinante para Fray Martín de Valencia, Motolinía, Sahagún y Mendieta, todos ellos franciscanos y todos más o menos influidos por la profecía de Joaquín de Fiore”.

Para Luis Weckmann la importancia de que la Nueva España goza en la tradición milenarista se debe a que ahí los frailes tuvieron la primera y única oportunidad de crear, en vísperas del fin del mundo, un paraíso terrestre en el cual toda una nación –los indígenas– estuvieran consagrados a la búsqueda de la perfección cristiana y de la pobreza evangélica.

Delno C. West y Sandra Zimdars-Swartz han realizado una espléndida recreación de la vida y obra del abate Joaquín de Fiore. Los siete capítulos en los que se divide la obra nos van dando los principales elementos para la comprensión de la nueva escatología que transformaría las ideas milenaristas y apocalípticas imperantes hasta entonces. Como dato curioso a los lectores interesados en tratar de en-



trever sentidos místicos a la *Comedia* de Dante Alighieri, finalizaremos comentando que éste le rinde homenaje a Joaquín de Fiore y a su espíritu profético situándolo dentro del Paraíso.

Delno West y Sandra Zimdars, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la historia*. México, F.C.E. 1986.

Jorge Luis González Santana

### *HERÓDOTO Y EL INICIO DE LA RAZÓN HISTÓRICA*

Por vivir en el desamparo y la incertidumbre, en la insatisfacción y la prohibición, los hombres han buscado siempre un motivo que justifique su permanencia en el mundo. Nadie se abandona a la incertidumbre y al azar. Todos, en cambio, hurgan insistentemente en la historia para descubrir y atribuir un sentido a la trayectoria humana.

Herodoto de Halicarnaso (484-425 a. de C.) es el primero de los hombres que concede privilegios al pasado. En su afirmación de que algunas obras y acciones pasadas merecen ser recordadas, su labor ofreció a la posteridad una de las más grandiosas y detalladas visiones del mundo antiguo.

No obstante que emprende el reconocimiento de la temporalidad humana, su indagación histórica se confunde aún con la narración mítica. La historia emerge del mito. Creación poética colectiva, el mito es un relato genealógico que aclara la situación de los hombres en el mundo. Sea en forma de cosmogonía o teogonía, establece que todo lo que existe se encuentra totalmente definido y que, para hacerse